

Benjamín Subercaseaux

Mar amargo

«Ne sais-tu pas qu'aux yeux de ces hommes qui t'entourent, il n'est pas de sentiment qui étant fort puisse rester pur?»

Suzanne de Dietrich

«L'heure de l'offrande.»



OUIEN m... mandó levantar la pasarela!—gruñó el Capitán, descolgándose furibundo por la escalerilla que conduce al puente de mando.—¿No le he dicho, señor, que el barco no está despachado y que esperamos los documentos?—agregó conteniendo un tanto sus ímpetus frente a la figura canosa y flemática del primer oficial.

—Capitán— se apresuró a responder el oficial—el hombre de la grúa dice que ya terminó su tarea. Ha estado de turno toda la tarde, para la carga. Son las siete y media. No le puedo exigir más fuera de las horas de trabajo. No es empleado nuestro...

La grúa, alumbrada ya por una potente ampolleta en el extremo de la pluma, nos dominaba con su masa negra. Balanceándose en lo alto, la pasarela, motivo de tantos trastornos, colgaba indecisa entre la cubierta y el muelle.

—¡Ch... de su m...!; ¡gente inútil! ¿Quieren que mi barco se vaya de paseo como un yate de millonario?—regañó entre dientes el Capitán; y dirigiéndose al Primero:

—Oficial, mándeme en seguida un hombre a la Compañía a ver si esos señores se han quedado dormidos en sus escritorios.

El Primer Oficial se perdió entre las sombras del puente y el silencio volvió a llenar ese muelle obscuro, donde todo trabajo había cesado y ese barco soñoliento, tan acostumbrado a partir, que nadie habría notado sus preparativos sin los gritos del Capitán y los quejidos de la grúa que descolgaba nuevamente la pasarela sobre la cubierta.

Cumplía mi segundo viaje como sobrecargo. ¡Extraño oficio de mar para los hombres de tierra! ¿Qué sentimiento vago me había llevado allí? No lo veo claramente. ¿Tal vez mi deseo de conocer otros países, otras razas? ¿Fué mi amor al mar o mi desamor por todas esas figuras opacas que me rodeaban en mi vida monótona? Puede ser... Sin embargo, me parece que ahora adivino la causa verdadera de mi vocación: un día, mientras me afeitaba frente al espejo, me encontré cara de sobrecargo. Había conocido a tantos de ellos. Eran pequeñitos como yo, figurillas de «assistant Purser», y con tal espíritu de acomodación, que me parecían constituir la central psicológica de la tierra y del mar, la encrucijada adonde convergían las más opuestas intenciones y caracteres con que el azar forma las tripulaciones. Sin duda, yo había nacido para sobrecargo.

El tiempo no debía tardar en desmentirlo.

Zarpamos, después de muchos trajines y blasfemias. A las nueve y media, las luces de Valparaíso eran una tenue luminosidad en la popa, una nubecilla blanca que llevábamos a remolque, sostenida por la cinta de la estela que dejaba nuestro barco...

—¿Por qué tan pensativo, mi joven amigo?— oí que decían a mis espaldas con una voz meliflua, mientras alguien apoyaba una mano fina sobre mi hombro.—¿Ha dejado algo por allá, en ese lindo puerto? ¿Piensa seguir toda la noche aquí en la popa componiendo versos a la amada ausente?

—¿Quién le ha dicho que estoy componiendo versos?— contesté volviéndome rápidamente, casi con brusquedad.—Necesitaba un momento de paz, señor Contador, un poco de aire fresco después de este día bochornoso pasado en el fondo de la cala. Luego, tengo una hambre rabiosa, señor Mac Lean... Es una injusticia que nos tengan hasta las nueve y media sin probar bocado. Ellos tendrán que ocuparse de la maniobra de zarpe, está bien, pero nosotros no. Hemos trabajado todo el día mientras ellos se reposan, y cuando nos corresponde el descanso, estamos condenados a contemplar sus maniobras y a oír los arpegios de blasfemias de ese viejo ogro, con el estómago vacío y el corazón... seguramente vibrando en poesía como usted dice...

—«Mi joven y sentimental amigo, yo no digo nada... Venía precisamente a advertirle que ya estamos en la cámara. El Capitán me ha mandado por usted. Lo busqué en su camarote: la luz estaba encendida y había un libro de poesías sobre su litera... Llamé por todas partes, y nada... hasta que pensé en su sitio favorito: la popa; y aquí me tiene.

—Vamos, entonces, Chief, que el hambre aprieta... El Ogro va a hacerme un mal recibimiento, con toda seguridad.

—No crea—me dijo el Purser, mientras bajábamos por la estrecha escalera que conduce al comedor—...el Capitán es un buen hombre. Sólo lo he visto montar en cólera ante los empleados de la Compañía que lo exasperan por su negligencia, o bien cuando se le cuelan «pavos» en su barco. Estos últimos lo ponen fuera de quicio. Ya le contaré algunas cosas curiosas a este respecto... Pero callemos, que allí veo a nuestro Capitán pontificando en la mesa de honor.

Tomamos cada uno el asiento correspondiente a nuestra jerarquía. A la derecha del Capitán, estaban el primer Oficial y el Contador; a la izquierda, el Jefe de Máquinas, acompañado del Segundo y del Doctor. Los de menor categoría ocupábamos los demás asientos.

Revoloteaba por el aire un silencio molesto, cuando me senté junto al Tercer Oficial, un muchacho moreno, ancho de espaldas, cuyo nombre absurdo: Andromilio, nunca podía recordar espontáneamente. Aproveché de esta calma para tomar mi sopa de un sorbo.

De repente, cortando el silencio:

—Señor Andrews—me dijo el Capitán.

Distraído, en el otro extremo de la mesa, continué tomando la sopa, sin oír.

—Ricardo, lo llama el Capitán—me dijo el Tercer Oficial, mientras acentuaba su observación con un discreto golpe del codo.

—¿Señor? . . . perdone, no le había oído—respondí temiendo una observación por mi atraso.

—Señor Andrews—volvió a repetir—¿Sabe usted si la carga quedó bien estibada? Noto que damos una fuerte banda a estribor.

—¡Perdone, señor!—interrumpió aquí el Primer Oficial.— Hemos hecho una fuerte provisión de agua dulce en los estanques de estribor. Usted sabe que hubo que vaciar los otros de su contenido y lavarlos. No se podía hacer de otra manera . . .

Los ojos del Capitán brillaron de furor con la respuesta del Primero, pero se contuvo y paseó la mirada disimuladamente por los circunstantes: El Jefe de Máquinas permanecía impasible; el Doctor, confuso, se esforzaba por mantener una «pose» natural. El Primero, con la frente alta, sostenía la mirada fugaz del Jefe. El Contador demostraba ostensiblemente su disgusto. Los demás, teníamos nuestras narices prudentemente clavadas en los platos. Yo, especialmente, por haber sido el interpelado, el atrasado y el causante involuntario de esa explicación que tan poco parecía agradar a los circunstantes.

Rompiendo el largo silencio.

—Señor Andrews—volvió a decirme el Capitán—en la próxima escala, cuide de que la carga contrapesé al agua; no se

puede navegar así como en una chata carbonera... ¡Ni la sopa se sostiene en el plato con esta inclinación infernal!...

.....

Todos sabíamos algo de este asunto de los estanques. Cuando tomó la palabra el primer Oficial, varias miradas se cruzaron, y el Contador, con una mueca de asco dejó su vaso de agua sobre la mesa.

Yo había estado muy atareado con las faenas de carga y conocía el hecho vagamente, por comentarios aislados: un cadáver, de un «pavo» según parece, había sido descubierto en los estanques de agua dulce poco antes de avistar a Valparaíso, en el viaje de regreso. Ya las escotillas estaban abiertas; los montacargas, pujantes de vapor, esbozaban movimientos de impaciencia; el trabajo había empezado en el fondo de la cala, cuando oí algunos comentarios y sentí ciertos trajines que me parecieron sospechosos. Después anclamos y no supe más. Ahora la cuestión volvía sobre el tapete y estaba impaciente por ver terminada la comida y poder reunirme en el puente con el señor Mac Lean. Seguramente él estaba bien informado.

No sé por qué razón, si en verdad o por pretexto, el Contador se encerró en su oficina diciéndome que aun le quedaba mucho trabajo por hacer.

Durante una buena media hora, anduve por la cubierta, solitario, sin encontrar otro ser viviente que la tripulación de turno que venía a tomar el cuarto de guardia. Más tarde vi a Andromilio que subía al puente, inconocible dentro de su gran bufanda gris. Me hizo una seña amistosa al subir a la timonería, pero no se detuvo. Luego se apagaron las luces y me quedé solo en la obscuridad, mirando el mástil que oscilaba perezosamente sobre la bóveda estrellada y el fuego blanco de proa que me guiñaba el ojo entre el humo espeso de la chimenea. Por primera vez comprendí la inmensa impunidad que rodea a este puñado de hombres en las entrañas de un «cargo», sumido en la noche, mientras sopla el viento sur...; por primera vez, comprendí el

aislamiento en que se vive entre estos hombres extraños—como son todos los hombres—teniendo que soportar sus injusticias, sus anormalidades, tal vez sus crímenes.

La campana de a bordo picó la medianoche. La brisa era fresca, penetrante. Me la llevé en el alma hasta mi camarote y tardé mucho en entibiarla con el aliento de mi ensueño.

.....

II

Han pasado varios días antes de poder sostener una conversación con el señor Mac Lean; sobre todo, no siendo posible para mí inmiscuirme demasiado en los asuntos íntimos de la oficialidad. Habría sido una indiscreción imperdonable en un buen sobrecargo.

Con el tono hipócrita de costumbre, se acercó una tarde en que yo, afirmado contra la borda, observaba los graciosos juegos de los delfines que seguían nuestro barco.

—¿Qué dice mi joven amigo? ... ¿Ha conseguido, por fin, enderezar el buque? El Capitán no quiere oír hablar más de carga, estiba y estanques ...

—Principalmente estanques—le respondí a manera de cebo para atraer la confianza tan esperada.

—Sí, estanques ... —me dijo lentamente el Contador con una expresión concentrada, como queriendo reunir sus recuerdos ... —y no crea que sólo estanques. Agua o fuego, lo mismo da para él, siempre que el «pavo» desaparezca. A veces, agua y fuego juntos, como fué el caso de ese cadáver que no tardó en ser echado en el fogón. ¡Costó para secarlo, allí dentro!; parecía una vejiga hinchada. Ciertamente unas buenas paladas de carbón dieron cuenta rápidamente del pasajero desconocido.

Palidecí. Luego me sobrepuse pensando que se trataría de una broma.

—Usted chancea, señor Mac Lean, estas cosas no ocurren en 1936. ¡Son imposibles entre gente civilizada!...

—Andrews—me dijo, mirándome fijamente en los ojos,— lo que usted llama gente civilizada es un resabio de la inocencia que todos aportamos al nacer. Yo sé que usted es un muchacho vivido y corrido: no creo que la vida ordinaria le depare muchas sorpresas. Pero... es un muchacho, al cabo. A los veinticinco años, todavía se cree en los hombres; se les clasifica en buenos y malos sin pensar en la tremenda capacidad para el mal que puede encerrar hasta el mejor de los hombres. Todos nosotros estamos limitados por el medio exterior: la familia, las costumbres, las leyes. Coloque usted a un hombre fuera de todas estas trabas y se verá en aprietos para saber donde deberá clasificarlo. Usted no posee la terrible clave de la edad madura que nos revela a la fiera humana con todo lo que puede contener. Usted, yo, el Capitán, todos somos fieras. Unos que se resisten todavía a serlo, como yo; otros que no saben que podrían serlo, como usted; por fin... otros que se han acostumbrado ya a las sensaciones fuertes y que no experimentan el menor remordimiento. ¿Sabe? La monstruosidad de esta gente ha pasado a formar parte de su oficio: dar órdenes, cuidar de que los remolcadores lleven defensas para no rasmillar el casco, observar que el compás se mantenga en la ruta, y quemar «pavos», cuando éstos se cuelan a bordo, es todo uno... Naturalmente que botar sus cadáveres en los estanques del agua es algo fuera de tono, un acto repugnante que compromete la salud de todos. Ha sido, sin duda, una jugada que le han hecho al Capitán. El no lo sabía; no habría esperado de estar a la vista del puerto para dar un campanazo semejante. Por suerte triunfó la discreción. ¡Habría que sacar a relucir tantas cosas si faltáramos a ella!... Usted sabe, en Iquique, hace tres meses. (Es verdad que usted hace poco que embarcó) esa niña mal herida por los excesos de la tripulación y que fué preciso «fondear» al amanecer... Y aquel contrabando del Doctor, en Antofagasta, donde por poco caemos

todos con sus paquetitos de opio... Y tantas cosas más que usted irá aprendiendo...

La conversación se me hacía odiosa en extremo; además, mi jefe parecía haber bebido más de la cuenta. «In vino veritas»... Busqué, pues, un pretexto cualquiera para terminar. Iba a separarme, cuando me retuvo por el brazo y acercando a mi oído su boca aguardentosa, me dijo: Mi joven amigo, le voy a confiar un secreto, una vieja tradición marina; no se lo cuente a nadie... Y levantando la mirada a la chimenea (lo que le hizo perder pie y retroceder hasta que encontró el apoyo de la barandilla)... ¿ve ese penacho de humo negro? Pues bien, cuando queman a un «pavo», el humo se pone azul... ¡Je, je, je!

Su carcajada de borracho se oía todavía en el puente cuando cerré violentamente la puerta de mi camarote y me tendí en el lecho para ordenar un poco las ideas que giraban en mi cabeza como los reflejos de la espuma entre los pernos del techo.

III

El sol llenaba mi camarote al despertar. No sé cuanto he dormido. No creo que haya sido mucho. He estado en cama desde ayer a las cuatro, aprovechando que no tenemos gran cosa que hacer. Hice presentar mis excusas al Capitán, fingiendo una ligera indisposición. Me horroriza tener que departir con esta gente. A decir verdad, la excusa ha resultado una realidad: apenas si he podido cerrar los ojos unas pocas horas. ¡Qué noche horrible! En el silencio, el run-run de las máquinas sobre la almohada; el oleaje que sigue hablando en el vaivén, sin que nadie lo escuche en el barco dormido, excepto yo... Luego esa malhadada conversación con el Contador. Oh ¡el canalla! ¡Qué noche le debo! Soy un imbécil... El estaba borracho y se entretenía martirizándome... ¡Qué hambre tengo! Es cierto que no he comido nada desde ayer a mediodía.

El repostero está frente a mi camarote. Me levanto y entreabro la puerta: ¡Camarotero!

Alguien se detiene y mira dentro:

—¡Hola, Andrews! ¿Todavía sin vestirse? ¡La eterna flojera de los sobrecargos!... Es Andromilio.

—No, hombre... sí he estado enfermo. Luego, viendo que seguía su camino.

—Dígame Andromilio, ¿está muy apurado? Por qué no pasa a charlar un rato a mi camarote. ¿Qué no ha tomado desayuno? ¿Toda la noche de guardia? Bueno hombre... minutos más o menos...

—¡Camarotero!... Dos desayunos.

Andromilio venía envuelto en la misma bufanda que llevaba la otra noche. Tenía ese tinte ceniciento que acusa el cansancio en los hombres morenos. Sus ojos, sin embargo, tenían la misma luz, la misma expresión bondadosa que se reflejaba también en su boca ancha y morada. Sonrió.

—¿Qué observa?—me dijo.—¿Mi cara de trasnochador... sin pecado?—agregó maliciosamente.

—No, precisamente, Andromilio... Le miro... para no olvidar la imagen humana. Hay tan pocas a bordo. Tú, Andromilio (perdona que te tutee—ya es tiempo que lo hagamos—) me has simpatizado desde el primer momento, ¿recuerdas? cuando me recibiste tan secamente el día de mi embarque.

—¿Secamente?... No creo... ¡Ah! sí, ahora recuerdo, usted—perdona—tú, traías unos aires de marqués... Me hiciste un saludo altivo después de lanzarme una mirada de arriba abajo y preguntaste si en este barco no había quien se hiciera cargo del equipaje... Recuerdo que me incliné y tomé tu maleta...

—Diciéndome: ¡pase por aquí, Almirante! Me gustó tu salida... Me veo todavía enrojeciendo hasta el pelo y tratando de arrancarte la maleta de las manos. Tú no quisiste soltarla, y así, tomándola los dos, llegamos frente a la puerta del camarote

—Confiesa que eras un novicio, a pesar de tus ínfulas marinas.

—Sí, Andromilio, te lo confieso humildemente; no se lo digas a nadie: la noche en que zarpamos con ese horrible viento norte no pude levantar cabeza hasta que amaneció.

—Y si no te lo digo ahora, no habrías sabido jamás que fuí yo quien te mandó esas naranjas con el camarotero. Pasé delante de tu puerta y te oí suspirar en tal forma...

—Gracias, viejo; tu sabes...

Sonó un golpe en la puerta.

—¡Entre!... Es un hombre de la tripulación.

—Don Ricardo—dice, el señor Contador le manda a avisar que a las cuatro estaremos fondeados en el Callao y que es preciso hacer las listas.

—Está muy bien. Dígale que ya están hechas... pero que no tardaré en ir a verlo. Muchas gracias.

—¡Viejo borracho y cínico! Mira, Andromilio, aunque me apena dejarte, créeme, será el último viaje que haré en este barco del demonio. ¡Qué gente!... No atino a comprender cómo los soportas; tú, Andromilio, todo un hombre, una mente sana, unos brazos fuertes; tú, al servicio de esta canalla...

—No todos son canallas... El primer Oficial es un hombre recto.

—Que no quiere entorpecer su carrera...

—Bueno, tu sabes que un marino debe obedecer...

—Pero no callar, cuando se trata de cosas indignas de un hombre.

—Queda por saber qué cosas son en tu concepto indignas de un hombre. Cuando se vive durante años en este oficio es preciso aprender a perdonar muchas debilidades a los hombres. Yo sé que el Capitán es un despiadado, el Contador, como tú lo decías, un viejo cínico y borracho; de los peores, aquéllos que beben agua a las horas de comida... Por fin, tienes al Jefe de

Máquinas que es un verdugo y el médico, un inmundo cocainómano que trafica en drogas...

Pero, qué sabes tú lo que puedo ser yo...

—No lo echés a la broma, Andromilio. Yo me niego a creer que hallas sido cómplice en algunas cosas que han ocurrido aquí... No quiero pensarlo.

Andromilio alzó la mirada al techo y su sonrisa se mudó en una expresión de gran abatimiento. Luego, lentamente, como en sueños, apartando su mirada de la mía que lo devoraba en una interrogación ansiosa.

—Andrews—me dijo—yo soy un marino. Has visto mi vida velar y dormir; vigilar la carga en los puertos, luego, dormir y velar; y así siempre... Créeme—yo quiero y te pido que lo creas—es cierto que he sabido algunas cosas... pero enteramente ajenas a mi servicio... Yo no puedo ser aquí un Catón, un moralista. Nada puedo hacer. Sufrí en mi interior... y callé. No podía obrar de otra manera. Además, no tenía nadie ante quien hubiera podido avergonzarme... Ahora, no es lo mismo... Desde que tú llegaste... No sé cómo decírtelo... Eres tan diferente de los otros, tan educado, observas tanto... Me siento avergonzado... tan poca cosa delante de ti... Por favor, Andrews, no me desprecies... Créeme, soy inocente.

Escondió la cara entre las manos y su pecho acusó un sollozo ahogado, que yo no esperaba.

—Perdóname, Andrews—me dijo, haciendo un esfuerzo por serenarse... es la fatiga—agregó avergonzado, mientras se levantaba y se dirigía a la puerta—... he dormido tan poco... Perdona esta debilidad.

Lo retuve un momento.

—Viejo querido, no te pongas así. Yo tengo la culpa... Mi imprudencia... ¡Pero si supieras qué conversación tuve que sostener con el Purser ayer!... Yo tampoco he pegado un ojo en toda esta maldita noche... ¡Cómo para poner los pelos de punta! Desde entonces me produce un asco tan grande esta

gente... ¡Tú sabes la historia del humo azul? ¡Vergonzosa!... Nunca lo pensé de ti, Andromilio... no te preocupes... ya nos conocemos: era lo que hacía falta. Vete a dormir ahora... estás rendido... eso no está bien... ya, vete, que a las cuatro tendremos que bajar al paraíso de las cebollas. Te advierto que hay mucha carga para el Callao...

Salió, como un sonámbulo, sin volver la mirada.

—¡Y ahora, a vestirse pronto para servir al muy honorable señor Mac Lean!—exclamé, luego, que hube cerrado la puerta y que, desnudo hasta la cintura, comencé a lavarme ruidosamente, con una alegría y una confianza que no conocía desde largo tiempo.

IV

—Abre un poco esa escotilla, que se me han quedado las listas abajo.

Era medianoche. Habíamos cargado toda la tarde rodeados de cholos y zambos que parpadeaban de sueño bajo la luz violenta de los reflectores. Los wincheros no se habían movido de sus puestos durante ocho horas consecutivas. El barco, todo sucio, invadido de gente que subía y bajaba, recibía carga y más carga. Teníamos las bodegas casi llenas. ¡Cuántas veces no bajé y subí de esa cala que apestaba a cebolla, entre los grandes fardos de mercaderías que hacían vibrar de tensión los cables de acero y rechinar las plumas del mástil! ¡Cuántas veces hube de anotar los cajones y los sacos! A medianoche ya no podíamos más; mis manos sucias escribían sobre un papel ennegrecido y mi cara estaba inconocible bajo el polvo y el carbón. Por suerte la faena estaba terminada. Poco a poco, se fué alejando la gente y bajando el bullicio. Sonó la campanita de proa, indicando que el ancla había sido entrada; luego, los clásicos campanilleos de la timonería, repetidos como un eco por las máquinas, allá abajo; y las hélices, lentamente primero, más

rápidas después, comenzaron su eterno ritmo. El aire marino soplo ya con intensidad, refrescando nuestros rostros cubiertos de sudor; el barco comenzaba a cimbrarse suavemente bajo nuestros pies: estábamos mar afuera.

Fué entonces que advertí la desaparición de mis documentos. Los busqué por todas partes, sin encontrarlos. Sólo podían estar en la bodega. ¡Qué fastidio! Las escotillas ya estaban cerradas. ¡Qué hacer!... Era preciso abrirlas otra vez, porque mañana habrá que dejar los libros en orden.

Soñolientos y regañando entre dientes, los marineros sacaron las barras, la lona y levantaron una de las planchas. Con mi linterna de bolsillo me sumergí en ese abismo sofocante, siguiendo la escalerilla de mano. Recorrí en uno y otro sentido los grandes fardos que adquirían extraños contornos a la luz de mi lamparilla eléctrica. Un fuerte balanceo de alta mar sacudía al barco, y allí abajo, era un crujir de vigas y cadenas, unos golpes ahogados de las olas al chocar contra el casco, que habría sentido pavor de no haber tenido esa seguridad que comunica la costumbre. Sin embargo, algo de recelo debe haber habido en mi interior, porque, de repente, sentí helárseme la sangre en las venas: detrás del fardo en que acababa de recoger mis documentos, me pareció sentir un gemido estrangulado, como el de una persona acosada por un acceso de tos y que trata de contenerlo. Me quedé paralizado, escuchando con todo mi ser, capaz en ese momento de percibir hasta las vibraciones del éter... No cabía duda, alguien estaba allí. Me eché rápidamente los documentos al bolsillo y pensé en huir. ¿Por qué? No lo sé; deseaba huir con toda el alma, pero seguía avanzando como hipnotizado: sentía la necesidad de enfrentar ese peligro vago. Se hubiera dicho que mi vida dependía de ello. Cautelosamente, di un rodeo en torno de ese montón de cajas. Allí, aplastado contra ellas, como queriendo sumergirse entre unos sacos vacíos que lo cubrirían, estaba un muchacho de unos quince años que me mira-

ba dolorosamente con sus pequeños ojos rasgados. Toda su actitud demostraba la angustia infinita en que se encontraba...

—¡Señor! ¡Señor!, por piedad—gimió mientras sus brazos se enlazaban a mis piernas—. No diga nada, por favor; ya le contaré todo...

—¿Eres un «pavo»? le dije, levantándolo con tal expresión de terror que no habría sido posible distinguir cuál de los dos imploraba la misericordia del otro.—¡Un «pavo», tú... aquí, en este barco, niño loco, aquí en este barco! repetía como un alucinado, mientras lo remecía por los hombros con todas mis fuerzas.

—Perdón— perdón, repetía maquinalmente el muchacho sin comprender el alcance de mi angustia o atribuyendo mis exclamaciones a la cólera producida por el hallazgo.

—No se trata de perdón, chiquillo—le dije, tratando de sobreponerme—tu situación aquí es muy delicada. Calla, no digas nada que pueden oírnos. Quédate aquí... ¿Tienes alimentos?

—Nada, señor, soy un pobre...

—Calla... yo trataré de volver mañana. Sobre todo, no hagas el menor ruido. Ya veremos como salvarte.

—¿Qué hubo de los documentos, señor Andrews? ¿Piensa dormir allá abajo esta noche, mi joven amigo?

El señor Mac Lean empezaba con su cantilena.

—Subo en seguida, señor: un fardo se había deslizado sobre ellos y me fué muy difícil encontrarlos.

Dejé los documentos en la oficina y corrí a encerrarme en mi camarote, presa de una agitación incontenible.

—Usted debe tener fiebre o se está volviendo loco, mi joven amigo—recuerdo vagamente que me dijo el Purser.

Tendido en mi litera, medio muerto de fatiga y de espanto, oía como un eco mis últimas palabras: Se deslizó un fardo sobre los documentos...

Sí, se deslizó sobre mi vida entera. ¡Y qué fardo!

V

Son las cinco de la mañana. Está escrito que no podré dormir jamás en este barco; otra noche de vigilia. ¡Pobre muchacho!... Será preciso salvarlo, cueste lo que cueste. Pero, ¿cómo llevarle alimentos? Las escotillas están siempre cerradas por las planchas, la lona y las barras... Necesitaría, por lo menos, dos hombres de la tripulación. Y en esas condiciones ¿cómo guardar el secreto?... La única salvación está en Andromilio. Debe haber una puerta que conduce a la bodega, pero seguramente está cerrada... ¿Quién tendrá la llave?... ¡Dios mío, que venga pronto el día!

Estaba inquieto y feliz. Me pesaba mi secreto, pero como pesa una carga preciosa que se nos confía, sabiendo que somos dignos de llevarla. Mi vida de a bordo hasta aquel momento tan opaca y desprovista de sentido, había encontrado un motivo de acción, un nido de ternura en ese pobre ser abandonado, expuesto a tantas miserias, y sobre todo, tan profundamente ignorante de la suerte que podía esperarle. En ese barco, por lo que hasta entonces había visto, todo era de temer...

Lentamente, una claridad difusa comenzó a filtrarse por el grueso cristal rayado del «ojo de buey». Un amanecer ceniciento de espesas nubes y grandes olas: mar boba, sin viento que parecía arrugar las aguas metálicas en gruesos pliegues brillantes, sin espuma, cada vez que el barco hundía la proa.

La campana de a bordo picó las seis de la mañana. Ya estaba vestido. Salí a cubierta. Una brisa tibia me acarició la frente refrescando un poco mi cabeza afebrada. La costa baja de las alturas de Pisco apenas se veía en el horizonte. Los marineros baldeaban la cubierta en silencio o cuchicheaban mirándome de reojo... ¡Dios mío!... ¡Sabrán?... ¡No, es imposible!

—Buenos días, don Ricardo. Era el Contramaestre que pasaba en ese momento.

—Salud, don Pancho...

—¿Qué le pasó que madrugó tanto? Los niños se están riendo porque dicen que usted se debe haber caído de la cama...

—Algo parecido, don Pancho. Me duele mucho la cabeza y necesitaba un poco de aire...

—¡Qué se alivie, pues...!

—Gracias... Oiga, don Pancho...

—Diga don Ricardito.

—¿Donde estará el Tercer Oficial?

—¿El señor Andromilio?... Lo vi bajar al comedor hace un momento. Allí debe estar ahora. Siempre llega el primero al desayuno.

De un salto bajé la escala de la cámara. Las luces todavía estaban encendidas. Andromilio sentado frente a una gran taza de café humeante, leía una novela policial que parecía absorberlo por completo.

Cuando entré, alzó la mirada extrañado, sin comprender mi presencia a esas horas o adivinando ya algo insólito en mi agitación.

Por suerte estaba solo en el comedor. Andromilio—le dije, sin atinar con un relato circunstanciado—pasó lo que temía... ¡Es tremendo! ¿Qué voy a hacer?...

—Pero, hombre, cálmate, ¿Qué hay!

—No te puedo decir nada aquí... Apúrate en tomar tu desayuno. Te espero en mi camarote.

—Pero dime, ¿qué hay?—exclamó reteniéndome por el brazo.

—Nada. Calla, por favor; no hables tan alto... luego sabrás.

—Esa puerta existe. Se entra por el castillo de proa, cerca de la cámara de la tripulación. La llave la tiene don Pancho. Sería fácil pedírsela con un pretexto cualquiera; pero una vez,

no más: despertarían sospechas los continuos viajes con la comida.

—Y si le dejáramos provisiones secas para todo el viaje...

—No, Ricardo, sería imposible que soportara durante tanto tiempo el aire confinado de la cala. Está irrespirable.

Andromilio se paseó con nerviosidad por el camarote, reflexionando. Estaba exitado y su expresión tenía un no sé qué de exaltación y desafío.

—No queda otro recurso que traerlo a tu camarote o al mío—agregó a manera de conclusión.

—«En ese caso, al mío—le respondí.—Yo soy un simple sobrecargo y no me importa arriesgarme. Tú, comprometerías toda tu carrera.

—Deja eso!... Lo grave es que yo estoy todo el día fuera; tú, en cambio sólo necesitas ausentarte en los puertos...

Quedamos un momento pensativos.

—¿Esta noche, entonces?...—le dije para cortar nuestras cavilaciones.

—Cuenta conmigo.

Andromilio me tendió una mano entusiasta. Estaba radiante de alegría. Se hubiera dicho que esta ocasión, tan temida por mí, él la deseaba ardientemente. Comprendí todo el alcance de su buena voluntad; todo el calor humano que se escondía en sus actitudes rudas, con delicadezas de niño; sentí, por fin en esa extraña sociedad que me rodeaba, alguien con quien podía participar mi sed de ternura, mi deseo de bien. Llegué hasta bendecir esas inquietudes y penas que nos permitían la libre expansión de la fraternidad en nuestras almas, hasta entonces tan replegadas dentro de sí mismas.

Mi mano debió temblar un poco cuando estreché la suya:

—Gracias, amigo. Siempre lo pensé de ti...

VI

—Siéntate allí y cuida de no hacer ruido.

El muchacho, tímidamente, tomó asiento al borde de la litera. Estaba cegado por esa luz intensa del camarote, después de la larga permanencia en la obscuridad.

Tanto había deseado este momento durante todo el día, minuto por minuto, que ahora, viviéndolo en la realidad, no sabía qué actitud tomar. Hubiera deseado ser amable, y resultaba grotescamente solícito; procuraba reaccionar, y me convertía en un sobrecargo estúpido que acondiciona una carga de papas o un cajón de fruta.

De pie, afirmado contra la puerta que venía de asegurar, me puse a contemplar a mi pensionista.

Luego que se hubo acostumbrado a la luz, el muchacho alzó la cabeza y fijó en mí sus impenetrables ojos orientales. Su mirada tenía tal aplomo y seguridad, que hube de formular una pregunta para disimular mi turbación:

—¿Cómo se llama usted?—le dije, casi con rudeza.

—Cháina-boy, señor—me contestó con un ligero acento bonaerense.—Mi padre era un argentino de apellido Márquez; mi madre, china. Casi no los recuerdo ya... Salí tan pequeñito de casa... Desde entonces, a causa de mis ojos rasgados, sin duda, me han llamado Cháina-boy.

Siguió un silencio molesto.

—Aquí te guardé un poco de comida, Cháina—le dije para romper el hielo—ponte a tus anchas y devora... Debe hacer un buen tiempo que no sabes lo que es alimento.

No me contestó una palabra. Tomó asiento frente a mi escritorio, y muy lentamente, mirando cada bocado, se puso a comer en silencio sin cuidarse para nada de mí.

Encendí la pipa, tomé asiento en mi litera y me puse a observar a mis anchas al extraño personaje que el destino ha-

bía puesto en mis manos. Puedo decirlo sin resabios literarios: *en mis manos*. Nunca había sentido esta sensación deliciosa y terrible de tener una vida entera a mi disposición. La vida y la muerte. De mí dependía—sabe Dios a costa de qué humillaciones y sobresaltos—el que viviera. En mis manos estaba también su muerte; y desde aquí, hasta esa muerte o esa vida, todo el imprevisto humano, todo el obscuro hormigueo de las pasiones en su espantable impunidad; toda la abnegación, también, de la fraternidad desinteresada, más fuerte que la muerte, porque es la garantía eterna de la vida.

Cháina-boy, muy ajeno a mis reflexiones—al menos, en apariencia—seguía comiendo meticulosamente. A veces su mirada se detenía un momento en algún retrato colocado en mi escritorio o en el título de algún libro botado entre el desorden de mis papeles. ¡Qué criatura extraña! Terriblemente serio, sin ser grave. Una seriedad infantil, casi resignada. Alto de estatura, esbelto, acusaba, sin embargo, una musculatura más desarrollada, de la que suelen tener los muchachos de su edad. Pálido, sin tener aspecto enfermizo, con esa palidez sana que acompaña a ciertas bocas muy rojas.

Ahora que lo observaba en plena luz, me parecía tener más edad: ¿Diez y siete años, tal vez, o dieciocho?

Terminó de comer. Bebió de un sorbo el vino que le había puesto en el vaso y, suavemente, como sabiendo que le esperaba la interrogación ansiosa de mi mirada, se volvió hasta enfrentar la mía.

—Aló, Cháina...—le dije con familiaridad.

Sonrió con esa sonrisa esplendorosa que sólo puede verse entre la gente de oriente, y de un salto, con el gesto gracioso de un niño consentido, se echó a mis pies y cogiéndome la mano la llevó primero a su frente, después a sus labios. No me atrevía a retirarla; al contrario, apoyé la otra suavemente sobre su cabeza, porque sentí el calor de sus lágrimas que se deslizaban confiadamente por mis dedos...

Afuera, la campana de a bordo, enredada en el murmullo del oleaje, picaba débilmente las dos de la madrugada.

VII

Ha comenzado mi calvario. En Mollendo nos detuvimos sólo un instante, sin fondear, para desembarcar dos hombres que venían del Callao. Nuestra próxima escala será Antofagasta. Allí pensamos hacer bajar a Cháina. Me urge librarme de mi preciosa carga. Si nos descubren puede ser grave para mí; mucho más para él... ¡Y para el pobre Andromilio! El también se vería comprometido por el asunto de la llave.

Cháina-boy se lo pasa encerrado en mi camarote leyendo alguno de mis libros o tendido en las literas, soñando, con la mirada fija en el techo y los brazos cruzados detrás de la cabeza. Le he regalado un «sweeter» para que reemplace su vieja camisa desgarrada. Casi no hemos vuelto a hablar. Salgo temprano para no despertar sospechas. Desgraciadamente tiene un fuerte resfrío y tose mucho. Procuro toser yo también, cuando estoy fuera del camarote... pero si llegaran a oírlo, cuando yo no estoy allí...

Esta mañana nos hemos paseado por la cubierta con Andromilio. La brisa había refrescado y ya se percibía la atmósfera más fría del sur.

Parecía preocupado.

—Ricardo— me dijo— y si el barco no se detiene en Antofagasta. ¿Qué podríamos hacer?

—No seas chuncho... Ni lo pienses.

—«Podría ocurrir. Llevamos la carga casi completa. Además, ¿viste al Ogro en el desayuno cómo demostraba su impaciencia por volver pronto a Valparaíso?

—¿Crees tú que han observado la disminución de las galletas con que relleno mis bolsillos?

—El Mayordomo te vió. Hizo un comentario burlesco a la salida... pero sin mayor importancia—agregó Andromilio, viendo que yo palidecía.

—Dime, Andromilio, ¿Tú crees que si nos pillaran serían capaces de hacer *eso* con él?

—No podría decírtelo... Nunca lo sabríamos. No son cosas que echan a volar a los cuatro vientos.

—Sería terrible, Andromilio, sobre todo ahora que lo conocemos... que su suerte está en nuestras manos.

Andromilio permaneció un momento en silencio.

—También lo he pensado, Ricardo; la muerte de un desconocido es triste... pero cuando una criatura se ha confiado a uno, como lo ha hecho este niño... cuando se ha palpado tanta inocencia, tanta miseria... Es muy duro pensarlo... Luego cambiando de tono y con la mirada puesta en la lejanía del horizonte. No sé si a ti te pasa lo mismo, me dijo, ha sido una revelación esta nueva responsabilidad que hemos tomado... un pequeño tesoro de ternura que me he empeñado en salvar a toda costa, como si quisieran arrancarme la única cosa digna que hubiera hecho en mi vida... ¡Ah, ¡si conocieras su historia! El otro día, cuando te mandó llamar el señor Mac Lean, conversé un largo rato con él. Me contó muchas cosas que no te había dicho a ti. Parece que se confía más a mi carácter rudo. Tú le resultas demasiado educado...

—Lástima...

—Perdóname, Ricardo, si te he ofendido; tu sabes que nosotros los del... Bueno, ¡digámoslo de una vez!: los que pertenecen al pueblo como yo, tenemos cierta reserva particular que inspira más confianza, sobre todo en un muchacho como éste que ha corrido la vida entre la hez de los puertos. Imagínate que se escapó de su casa a los diez años con un compañero ecuatoriano algo mayor que él. Se embarcaron en un velero noruego que salía del Plata y llegaron a Valparaíso con unos pocos pesos argentinos... Luego se les acabó el dinero y tuvieron que ganarse

la vida lustrando zapatos. ¡Todo un cambio!, porque estos muchachos eran de una familia relativamente acomodada y jamás habían desempeñado ese oficio. Una noche en que dormían, según su costumbre, en los cauces, lo despertó el amigo con su respiración entrecortada; le cogió la mano con fuerza y la fué soltando lentamente hasta caer exhausto. El pobre Cháina por poco se muere de terror en esa larga noche de invierno, dentro del cauce helado. Esperó ansiosamente la luz del amanecer: el ecuatoriano estaba muerto; parece que una hemorragia producida por una tisis galopante... Solito, se dió en vagar por los malecones. Pedía comida en los barcos carboneros que atracaban en el Barón. A veces se la daban, otras no. En una ocasión, se la hicieron pagar cara la comida esos brutos... La policía lo recogió al día siguiente, sin conocimiento entre unas pilas de carbón; su ropita estaba desgarrada y sangraba abundantemente... ¡No hay perdón de Dios para esos brutos! Cuando se restableció se fué al Perú, de «pavo»; allí fué recogido por los chinos del Callao que se portaron verdaderamente como padres con él. Esto contribuyó para despertar más aun la sangre oriental que llevaba en sus venas. La mala suerte lo perseguía, sin embargo, después de pasar cinco años en el Perú, trabajando y en paz, se vió implicado en un robo, hace pocos días, por culpa de unos amigos a quienes no quiso traicionar; aunque él era inocente. Huyó y se refugió en nuestro barco...

—Más le hubiera valido conocer las prisiones limeñas.

—El no sabe el peligro que lo amenaza... Es preciso ocultárselo.

Cuidado, que allí viene el Purser.

—¡Hola, mi joven amigo!...

—(Maldición). Señor, Mac Lean, servidor de usted.

—¡Qué me cuentan estos bravos muchachos, estos inseparables amigos! ¡Good weather, no? Ojalá siga así hasta el final del viaje... Ustedes, por su gusto no querrían ver terminada esta travesía ¿verdad?... No, no me digan nada, yo sé que la

juventud ama el mar; un puerto nuevo cada día y lindas muchachas que los esperan con los brazos abiertos: «a girl in every port». ¿No es eso? ¡Ah, ¡juventud!... ¡Je, je, je!...

—Señor...— le interrumpí.

—¿Qué! ¿Protestan? ¡Ah! esta juventud de ahora... Tan distinta de la mía: calculadora, reservada, misteriosa... Misteriosa, sobre todo; esta juventud que se pasa las noches en vela resolviendo problemas metafísicos, y el día encerrada en la pieza haciendo literatura... o ¡qué se yo qué!...

No pude evitar un gesto de impaciencia. Andromilio me clavó la mirada.

—No, muchachos, no se alarmen por mis divagaciones de viejo chocho. Vamos al bar, les ofrezco mi último descubrimiento: un aguardiente con naranja que nadie conocía... Quiero decir, que nadie conocía a bordo. Lo encontró el barman entre unas botellas que eran de mi antecesor. ¡Vaya si tenía buen gusto el viejo Morales! Lástima que la vida le duró menos que el viaje... y que las botellas. ¡Era tan borracho, el pobre! Yo bebo, es cierto, pero con medida, ¡je, je, je...! Con medida, repitió automáticamente, mientras se apoyaba en el mesón para alcanzar el empingorotado piso del bar. En todo caso, nunca he bebido hasta perder mi claridad mental. Así, por ejemplo— y el señor Andrews lo sabe muy bien—no recuerdo haber cometido jamás una falta en la contabilidad. Conozco cada partida de memoria, sé cada saco de papas que se carga, cada provisión que se trae a bordo, cada hombre que se embarca... aunque se esconda en la bodega. Agregó maliciosamente, volviéndose de mi lado.

Palidecí. Ya no me quedaba la menor duda: el viejo *sabía*. Sentí que el bar comenzaba a girar en torno mío.

Andromilio, aprovechando que el Contador respondía a una pregunta del barman, me sopló al oído: ¡Valor, Ricardo, ya lo arreglaremos!

En el resto de este siniestro brindis, el Tercer Oficial hizo

las galas de la conversación. Yo era un sonámbulo. La entrada del Jefe de Máquinas y la conversación que luego trabó con el Purser sobre la velocidad que llevaba el buque, nos dió un pretexto para salir.

Hubiera debido detenerme para conversar con Andromilio sobre el nuevo giro que tomaban los acontecimientos: no hice nada. Corrí como un loco al camarote, entré y di dos vueltas a la llave.

Cháina estaba allí, tendido como siempre, mirando el techo... Mi entrada no lo sobresaltó. Me dirigió la mirada un instante y cerró los ojos. Al verlo allí, tan tranquilo, cobré ánimos. No, no era posible... ¡Este barco me está alucinando! Estamos en el siglo XX, en 1936: mil novecientos treinta y seis; En tierra, hay ciudades, avenidas, autos, radios, teatros con gente, noticiarios, dibujos animados; hay carabineros en las calles. Mil novecientos treinta y seis! ¡Lógico!... Es imposible... ¡Quemarlos?... ¡Qué tontería! Será preciso que vaya a ver un médico para los nervios en cuanto llegue a Valparaíso. ¡Es grotesco, ridículo!... ¡Quemarlo! ¡No se atreverán, lo publicaré, lo gritaré en las calles!... ¡Quemarlo!... ¡Jamás!

¡Quemarlo, Dios mío... ¡Creo que dije estas últimas palabras en voz alta y me desplomé sobre la banqueta, sollozando perdidamente, sin la menor esperanza...

IX

Cuando volví a la realidad, estaba tendido sobre la banqueta de cuero. Cháina, de rodillas, fijaba en mí una mirada inquieta. ¡Nunca lo vi más preocupado, él siempre tan indiferente a todo lo suyo! Con una mano sostenía una toalla mojada que había colocado sobre mi frente. Señor Andrews, señor Andrews, me dijo al oído tratando de sonreír. ¡Está mejor? Han llamado dos veces a la puerta, pero no pudiendo abrir usted, tuve que

guardar silencio... No se preocupe tanto por mí. Usted se está haciendo daño. Cháina-boy no merece tanta molestia. Estoy preparado a todo. De Chile nunca ha salido nada bueno para mí... Perdóneme, usted es chileno: será hermoso pensar que lo peor y lo mejor de mi vida ha venido de Chile. Es el destino el culpable... Pero usted y el señor oficial se están arriesgando demasiado. Olvídeme, señor... Cháina-boy ha muerto tantas veces...

—No digas eso, Cháina, calla por favor, calla...

Se oyó un golpe discreto en la puerta.

Me incorporé de un salto...

—¿Quién?

—Soy yo: Andromilio. Oye, Ricardo, ven un momento, por favor...

Atardecía. El Capitán y el Jefe de máquinas se paseaban por la cubierta conversando alegremente. No repararon en nosotros. Andromilio me cogió del brazo y me llevó rápidamente a la popa. Hizo bien; mi aspecto era como para despertar sospechas: tenía mi ropa en desorden y la cara profundamente alterada. Allí, afirmado en la barandilla, junto a la corredera, comenzó a relatarme lo que había logrado averiguar sobre el último incidente. No había lugar a dudas: el viejo borracho conocía a fondo todo el drama. ¿Cómo lo había sabido? Una serie de circunstancias se habían dado cita para el efecto: Fue preciso una riña de la tripulación que terminó con un hombre herido. Esto ocurrió hace dos días. Lo atendió el Doctor; fue necesario cloroformarlo. El hombre no cesó de hablar durante el anestésico de un muchacho escondido en la cala, de unos fustes que se lo habían «quitado». (Eran sus palabras) y muchas otras cosas que no vienen al caso y que se comprenden fácilmente. En fin, el badulaque cocainómano del médico no pudo quedarse con el secreto sin comunicárselo al Purser entre los aperitivos de la tarde. A lo dicho, agrega la historia de las ga-

lletas que relató el Mayordomo en el bar . . . precisamente cuando estos individuos, algo chispos, hacían comentarios ruidosos del hecho . . . y tienes aquí toda la explicación.

—Cháina no me había dicho nada de la complicidad de este hombre de la tripulación.

—Se comprende, Ricardo, te estima demasiado para decírtelo. Ya te he dicho que te respeta como a un hermano. No te lo dice, como no te ha dicho tampoco las otras cosas que me ha contado a mí: precisamente porque te quiere más que a mí . . .

—Andromilio, es preciso que vaya al camarote y le hable. Hay un misterio en todo esto . . .

—Vamos juntos, si lo deseas.

Después de asegurarme que no había nadie en el corredor, nos encaminamos hacia el camarote. Frente a la puerta, metí la mano en mi bolsillo para sacar la llave. No estaba. La busqué por todos los bolsillos sin encontrarla. Temblando, me preparaba para repetir la operación, cuando Andromilio, poniendo la mano en la perilla, me dijo: Tal vez esté abierta . . . La hizo girar con suavidad y la puerta se abrió de par en par. Todo estaba en orden dentro de mi camarote: los pliegues de la colcha, cuidadosamente estirados; mis libros puestos en fila y la toalla mojada, bien extendida en el secador, pero Cháina no estaba allí . . .

—Andromilio, Andromilio: ¡Chaina está perdido!—le dije casi con tranquilidad, mientras me sentaba en mi banqueta.

Andromilio aseguró la puerta, encendió un cigarrillo y fué a sentarse en el otro extremo del camarote, sobre mi litera.

—Si he de decirte la verdad, Ricardo, me parece que ha sido una buena solución.

—Por favor, no hables así, el niño está perdido; lo descubrirán y . . .

—De todas maneras estaba perdido.

—Mañana tocamos en Antofagasta . . . habríamos podido salvarlo . . .

—No, Ricardo; no había querido decírtelo para no aumentar sus angustias, pero el Capitán me comunicó que pasaremos de largo.

—¿Entonces, no hay esperanza?

Andromilio calló, se levantó pesadamente y apagó el cigarrillo, recién encendido, con un gesto de cólera.

La angustia sufrida durante todo el día y los anteriores, me había quebrantado el ánimo de tal manera, que no hice el menor movimiento de protesta. Sentado allí, con la cabeza entre las manos, dejaba deslizarse el tiempo.

Andromilio se puso junto a mí y estuvo mirándome largo rato. Luego me golpeó el hombro con un gesto cariñoso y con una voz que no le conocía: Ricardo, me dijo, eres un buen muchacho.

Salió en seguida, discretamente, sin hacer ruido.

Era, pues, un hecho (y esto me lo repetía como una lección que no lograba retener y que había que repasar continuamente). Es un hecho. A estas horas el muchacho ha sido descubierto por algún hombre de la tripulación que tratará de vender su silencio por dinero o... (me asaltó otro pensamiento). ¿Y por qué no me dijo su trato con aquel hombre de la marinería? Tal vez habría hecho mejor en dejarlo en sus manos... pero no. Habría sido una infamia. El no podía ocultarlo tampoco mucho tiempo... Lo habrían hecho desaparecer como los otros... Luego, él mismo, aquella noche que lo descubrí, con qué angustia se aferró a mis piernas implorándome la vida... ¡Pobre niño!... y así como él hay tantos en el mundo, víctimas de sus ensueños y de la infamia humana que se ha hecho maestra en la explotación de los ensueños. Hay toda una legión de seres tristes y tiernos que sufren, se envilecen y mueren en manos de la bestialidad: juegos terribles de los hombres, que empiezan por ser inocentes y pueriles, y terminan con toda la bajeza, la impunidad y la astucia que puede encerrar la fiera humana. Mac

Lean tenía razón: somos fieras. Yo mismo soy una fiera. ¿Por qué me estoy aquí lamentándome como una mujerzuela? Saldré, iré a ver al Capitán, le enrostraré este crimen y todos sus crímenes; o bien, me presentaré con humildad, le ofreceré pagar el pasaje de Cháina con mi sueldo, venderé todo lo que tengo si es necesario... No, sería inútil. Un trato conmigo lo comprometería más que un crimen. El muchacho no figura en el pasaje, no lleva documentos; está muerto. Un poco de muerte más no compromete a nadie... al contrario.

Está muerto, volví a repetirme, mientras me echaba, así, vestido sobre la litera. Muerto, repetí entornando los ojos que se me cerraban solos...

Muerto, volvió a decir una voz lejana dentro del sueño...

No sabría decir a qué hora fué. ¿Tal vez las cuatro de la madrugada? La luz de mi camarote había quedado encendida y ese silencio de los barcos navegando en la noche, poblada el aire de crujidos y chapoteos sordos en los tubos y a lo largo del casco. Desperté con la sensación de una presencia dentro del camarote. Sentí que alguien cerraba la puerta cuidadosamente. Un fuerte balanceo hacía tintinear la escobilla de dientes dentro del vaso. Quería abrir los ojos, pero me vencía el sueño... Ricardo, Ricardo, oigo que me dicen en voz baja. Abro los ojos, y me incorporo de un salto: Cháina-boy, de pie, en medio del camarote con las piernas muy abiertas para resistir al rolar del barco, me miraba sonriendo. Estaba extremadamente pálido, pero parecía contento. ¡Cháina! sólo pude articular, mientras lo estrechaba en mis brazos. Me sentía casi feliz; había algo tan cordial en toda su actitud. Más tarde, recordando este momento observé que me había despertado llamándome familiarmente: Ricardo, y no, señor Andrews, como respetuosamente lo había hecho hasta ahora.

—Ricardo...—volvió a repetir sentándose a mi lado y tomándome la mano con una expresión muy seria...—he pasado

toda la tarde escondido en un bote salvavidas. Allí oí decir a dos marineros que pasaban, que no tocaríamos en Antofagasta. Sé que estoy perdido...

—No digas eso, Cháina»...—gemí dentro de mi vieja angustia, que subía, ensombreciéndolo todo, como una marea de tinieblas...

—Lo sé, Ricardo; sé eso y todo lo demás. Ya no me importa. No olvides que soy un chinito. Para nosotros la muerte no es lo peor que nos puede ocurrir en la vida. Somos unos soñadores terribles... Lo más triste para mí hubiera sido morir sin haber soñado nunca. Ahora no importa, Ricardo... (Ponía una delectación especial en llamarme así, impunemente). Sólo una cosa... (y su mirada se ensombreció), no querría que tú... —perdona si te trato así. Ahora ya no importa... —no querría que tú creyeras que te he mentado. Yo no acepté la complicidad de ese hombre... Fué él quien me descubrió en mi escondite, antes de que tu vinieras...

—No sigas, Cháina, a estas alturas poco importa ese detalle. Además, tu actitud desesperada por salir de allí, me lo justifica todo. Ya nada importa, niño... (quise agregar... *sino que vivas*. Callé; habría sido una crueldad inútil).

—Ahora, Ricardo, yo me voy a entregar. Quería... (su voz se ahogó un instante, pero se dominó valientemente, sin verter una lágrima)... quería verte otra vez y decirte eso. Gracias por todo, amigo; lo mismo al señor Andromilio. Han hecho más de lo que merezco; no era más que un chinito para los que me conocieron... Nunca me creyeron que era argentino... Ahora yo tampoco lo creo: soy un chino, Ricardo, un chino de verdad, como lo fué mi madre, de aquéllos que saben morir sonriendo... y agradeciendo, se apresuró a decir mientras se postraba en tierra a la usanza oriental y me besaba la mano ceremoniosamente, como la primera vez. Sólo que ahora no lloraba.

Supe que se había ido, sólo porque la puerta quedó abierta y comenzó a golpearse violentamente con el vaivén del barco. Una débil claridad se filtraba por el «ojo de buey». Apagué la luz: el mar era de tinta; el cielo lívido y diáfano, como la palidez de Cháina...

X

Ese día, después de la partida de Cháina, me vestí y me fuí a la oficina donde trabajé toda la mañana. Era día domingo. A las once y media me fuí al camarote, me lavé con mucha calma, me peiné y cambié mi ropa de trabajo por la tenida de salida.

Afuera, la campanilla del Mayordomo llamaba a la mesa.

—Es curioso—me decía, mientras arreglaba mi uniforme:— *la campanilla para ir a la mesa; ¿por qué no, la campana para ir a la misa?* Eso, es, una comida, un sacrificio, más bien: la mesa, un altar; yo, el oficiante cubierto de las mejores galas; en torno mío, el pueblo canalla, implorando un falso perdón por los pecados que no siente. Sí, la Misa. ¡Nunca había comprendido mejor lo que era una Misa!

Esta idea me dió ánimos. Tranquilo, con la frente bien alta, casi arrogante, salí de mi camarote y me dirigí al comedor. Todos estaban allí, menos Andromilio que cumplía su cuarto en el puente. Saludé con mucha cortesía. Me respondieron afablemente. El Capitán parecía preocupado, pero, contrariamente a su costumbre, respondía con amabilidad y se enteraba con solicitud de cada tema de conversación. Esta versó sobre política: la revolución en España, comunismo y fascismo. En seguida, las apuestas sobre las millas recorridas en las últimas 24 horas. Con este motivo se entabló una acalorada discusión entre el Purser y el Jefe de máquinas. Nada se hablaba sobre *mi asunto*, ninguna alusión, tampoco. Se hubiera dicho que esos tres días de martirio habían sido una pesadilla que sólo tenía por

teatro mi cerebro excitado. La realidad, la verdadera, era esta otra: la vida diaria, sin sobresaltos ni alegrías.

—Doctor—dijo, de súbito, el Capitán—¿cómo sigue el herido?

¡Al fin!—me dije interiormente.— ¡Al fin voy a poder sufrir! ya era tiempo que se ocuparan *de lo que me pertenece*.

—Sigue mejor, señor; es una naturaleza robusta... aunque muy belicosa. Se lo pasa haciendo proyectos de venganza en la enfermería. Dice que espera estar en pie antes de llegar a Valparaíso para arreglar algunas deudas pendientes...

—«Será preciso vigilarlo, doctor; va a querer vengar sus heridas.

—No lo creo... El hombre que lo hirió ya se reconcilió con él. Lo viene a ver a menudo y se lo pasa al lado de la cama jugando a la brisca. Es otro asunto el que le preocupa... —agregó, lanzándome una rápida mirada que yo sostuve con la frente alta.

Comprendí que había empezado el Ofertorio de mi Misa...

El Purser continuaba charlando con el Jefe de máquinas, sobre la velocidad del buque.

—Pero, Chief, hemos visto las millas que nos faltan por recorrer; hemos sacado la distancia media recorrida diariamente, según estos datos—y suponiendo que no tuviéramos marejada ni viento contrario—sería imposible llegar a Valparaíso antes de mediodía. Yo calculo que a eso de las cuatro...

—Se equivoca, señor Mac Lean; a las cuatro, usted estará en el Bar Inglés saboreando su séptimo «Jonny Walker»...

—Pero dese a la razón, hombre, ... salvo que usted emplee otro combustible.

—Precisamente.

—¡Ah, eso es otra cosa! Naturalmente, si usted logra enrojecer la tapa de los fogones hasta hacer encender un cigarrillo en ellas... o cualquier otra cosa... —agregó el viejo, sonriéndome con descaro.

Había llegado a la Elevación. Temblando, me incliné con respeto ante la imagen resignada de Cháina... El Purser no podía adivinar el fervor religioso que me embargaba en ese instante. El infame debió tomarlo por turbación o temor. Permanecí largo rato en una oración muda que me comunicaba una paz infinita, gloriosa.

Terminó el almuerzo. Después del paseo de costumbre por el entrepuente, me fuí a la oficina donde trabajé toda la tarde, preparando mis libros para la próxima descarga en Valparaíso.

A las seis y media, ordené mis papeles y me fuí a cubierta. La puesta del sol era magnífica. De la marejada que nos había sacudido violentamente durante la noche, no quedaban ni rastros: el mar era de aceite. La cubierta estaba solitaria. Obscurecía. Las olas se deslizaban velozmente por el costado acusando un aumento de la velocidad. Inclinado sobre la borda me dejaba arrastrar deliciosamente por esa fascinación del agua, observando el juego caprichoso de los remolinos.

Sentí el calor de un brazo que se apoyaba en la barandilla, junto al mío: Era Andromilio. Me sonrió comprensivamente y no dijo nada. Juntos seguimos mirando el mar... Los últimos arreboles de la tarde se habían esfumado. Comenzaban a encender las luces de los faros en la costa, allá, del otro lado. En ese momento el sol, ya oculto, iluminó otro grupo de nubes sobre nuestras cabezas, y el paisaje entero pareció retroceder ante la noche y cobrar nueva vida: una luz muy suave tiñó de rosa la blancura de los entrepuentes, mientras las olas adquirían extraños reflejos granates. Se lo hice observar a Andromilio. Este se volvió y alzó la mirada al cielo...

Un grito ahogado se escapó de sus labios; ¡Mira!, me dijo fuera de sí, señalándome la chimenea.

Miré, sin saber lo que hacía. En la paz de la tarde, un tenue penacho de humo se elevaba de la chimenea, recto al cielo, Era

azul, casi celeste, como el humo que se desprende de los cigarrillos en reposo.

Sentí que me faltaba la vida, y caí pesadamente sobre la cubierta.

XI

Nunca supe lo que ocurrió en esos cuatro días que nos faltaban para fondear en Valparaíso. Una violenta fiebre me tuvo inconsciente y delirando.

Desperté una mañana con el ruido de la maniobra del ancla. El camarote estaba sombrío, a pesar de que la ventanilla, abierta y asegurada atrás, me bañaba con una fresca brisa de mar. A través de ella vi desfilan lentamente la muralla gris del espigón: estábamos atracando. En la cubierta, sobre mi cabeza, se oían pasos apresurados y los trajines propios de la recalada.

Andromilio, sentado a mi lado, me miraba pensativamente.

—¡Cómo te sientes, Ricardo!

—Perfectamente, estoy bien.

No mentía. Esos días de inconsciencia habían servido de reposo a mis nervios. Había estado allí, tendido, sin pensar, sin sufrir, sin desgastar fuerzas... Volvía a la vida tranquila; algo desorientado, es cierto, pero con una clara conciencia de las proporciones y de la realidad. La voz de Andromilio me hizo recordar mis alucinaciones, mis angustias. Llegué a preguntarme si no habían sido excesivas... Me sonrojé, pensándolo.

—Estamos en Valparaíso—me dijo Andromilio.

Luego, con una duda en la voz, agregó:

—Creo que estarás muy débil para levantarte...

—De ninguna manera—le respondí incorporándome—me vestiré en seguida, haré mis maletas y... ¡Adiós!

—¡Te irás, Ricardo?

—Sí, viejo. ¡Qué más voy a hacer aquí! Este viaje me ha convencido de que soy un pésimo sobrecargo. La vida del mar

está buena para las novelas. En la realidad, resulta muy amarga...

—Lo siento, Ricardo. Tu compañía me hacía más llevadero mi oficio. Tendré que resignarme a seguir viviendo entre estos imbéciles...

Dijo estas últimas palabras desde la puerta, mientras yo comenzaba a vestirme. Fingí no oírlas. Me entristecían y no habría sabido qué responder...

Comencé a guardar mis efectos en la maleta. No eran muchos. Antes de cerrarla, abrí todos los cajones para ver si olvidaba algo. Todos estaban vacíos. Iba a salir, cuando reparé en el último cajón, debajo de la litera: este no había sido revisado. Abrí: Dentro había una camisa sucia. La tomé con extrañeza, no reconociéndola en un comienzo. Estaba toda rasgada e inservible. Recordé mi «sweeter»: era la camisa de Cháina...

Me pasé la mano por la frente, como quien despierta de un mal sueño que no desea recordar. ¿Qué haría ahora con esa camisa? ¿Botarla por la ventanilla? No era posible; estábamos atracados al muelle. ¿Dejarla allí? Podía provocar comentarios. ¿Guardarla en mi maleta? ¿Por qué había de guardarla?

Comprendí con tristeza lo que pasó por la mente de Cháina en esa noche de la fuga... Yo no lo había pensado hasta ahora... Sí, él estaba de más... No había lugar en el mundo para ese chinito. Ni siquiera en mi camarote... Ni en mi corazón, que se portó tan cobardemente.

Cerré la maleta y salí. Sentía hervir la sangre en mis venas. A todo el desaliento y la angustia, habían sucedido una franca cólera contra mí mismo, contra el barco, contra la vida entera.

Llegué al portalón. En el recorrido de mi camarote a la cubierta, no me topé con ningún oficial. Fué un alivio no tener que saludarlos y darles explicaciones. Desgraciadamente, el Capitán estaba allí dando ciertas órdenes a Andromilio. Su figura roja y fornida, su eterna pipa corta y el ademán insolente de toda su persona, me lo hacían aparecer más repugnante que nunca.

Tomé por la pasarela, con mi maleta al hombro, tratando de

pasar inadvertido. No había avanzado dos pasos, cuando le oí decir a mis espaldas, regañando:

—Hasta cuando tendré en mi buque sobrecargos maric!»...

Era demasiado. Solté la maleta, y rojo de cólera avancé como un energúmeno, dispuesto a reventarme contra esa muralla de granito, que para mi debilidad, representaba la enorme masa del Capitán.

Dos brazos fuertes me cogieron antes de llegar hasta él. Era Andromilio.

—Déjame pasar, rugí. ¡No te metas en mis asuntos!

—Vete, Ricardo, mi deber está antes que tú...

—Al diablo tu disciplina... Déjame pasar o te... Levanté el puño para golpearle. Andromilio me dió un rápido bofetón en la mandíbula que me hizo tropezar en la maleta y rodar por la pasarela hasta abajo.

—Gracias Oficial—dijo el Capitán a Andromilio, que en ese momento sacudía su uniforme—No era necesario molestarse tanto por ese...

—Se equivoca, Capitán—respondió Andromilio. Y sacándose rápidamente su casaca galoneada y su gorra, la botó a los pies del Jefe.—Ahora, búsquese también un oficial más hombrecito, Capitán, la hombría de su barco no es precisamente la que me conviene!

Y se fué así, alegremente, en mangas de camisa, con la frente muy alta y su negra cabellera al viento...

Valparaíso, septiembre de 1936.